

darle una muestra de lo que era la Grecia; un puñado de lacedemonios con su rey á la cabeza corrieron en busca de una muerte cierta, contentos al morir por haber inmolado á su patria un infinito número de bárbaros, y por haber dejado á sus compatriotas el ejemplo de una proeza inaudita. Contra tales ejércitos, guiados por tan noble conducta, la Persia se encontró débil, y experimentó varias veces, á su costa, lo que puede la disciplina contra la multitud desordenada, y lo que puede el valor dirigido con arte contra una ciega impetuosidad.

No le quedaba á la Persia, tantas veces vencida, mas medio que introducir la division entre los griegos; y el estado en que se encontraban por sus victorias hizo esta empresa fácil. Asi como desapareció el temor que les tuviera unidos, y que la victoria y la confianza rompió los lazos de la union, los griegos dejaron de aparecer una nacion compacta y fuerte, y presentaron ya el flanco por donde el enemigo podia atacarlos con éxito. Acostumbrados á combatir y á vencer, luego que creyeron que ya nada tenían que temer del poder de los persas, se volvieron los unos contra los otros. Pero es menester explicar con un poco mas de detencion el estado en que se encontraban los griegos, y el secreto de la política persa.

Entre todas las repúblicas de que se componia la Grecia, Atenas y Lacedemonia eran

sin comparacion las principales. Ni puede encontrarse ni mas genio ni talento que los que se encontraban en Atenas, ni mas fuerza que la que habia en Lacedemonia. Atenas era amante de los placeres; la vida de Lacedemonia era dura y laboriosa. Las dos eran amantes de la libertad y de la gloria: pero en Atenas la libertad tendia naturalmente á la licencia; y retenida por leyes severas en Lacedemonia, quanto mas reprimida era en lo interior, con mas ansia buscaba la ocasion de estenderse dominando por fuera. Atenas tambien queria dominar, pero por otro principio distinto: el interés tenia parte en la gloria. Sus ciudadanos sobresalian en el arte de la navegacion; y la mar, cuyo cetro tenia, la habia enriquecido. Para quedar árbitra absoluta de todo el comercio, todo lo queria someter á su dominacion; y sus riquezas que eran las que le inspiraban este deseo, le suministraban los medios de satisfacerle. Por el contrario, en Lacedemonia era mirado el dinero con desprecio. Como todas sus leyes tendian á hacer de ella una república guerrera, la gloria de las armas era lo único que alimentaba el espíritu de sus ciudadanos. Claro está que poseida del sentimiento de sus fuerzas naturalmente queria dominar; y quanto mas superior se hacia al interés, mas crecia su ambicion de dominacion y de gloria.

Lacedemonia, por su vida arreglada, soste-



nia con firmeza sus máximas y sus designios. Atenas era mas viva, y el pueblo ejercia en ella una escesiva soberanía. A la verdad, la filosofía y las leyes producian bellos efectos en gentes de un carácter tan esquisito; pero la razon por sí sola no bastaba á contenerles. Un sábio ateniense, que conocia admirablemente el carácter de su pais, nos dice que era una cosa necesaria el temor para contener un espíritu demasiado vivo y libre, y que no hubo otro medio para gobernarlos luego que la victoria de Salamina hiéboles asegurado del peligro con que les amenazaban los persas.

Entonces dos cosas les perdieron, la gloria de sus bellas acciones, y la seguridad en que se creian estar. Los magistrados no fueron ya escuchados; y así como la Persia se hallaba affigida por una escesiva sujecion, dice Platon, que Atenas se resintió de los males de una escesiva libertad.

Estas dos grandes repúblicas, tan opuestas en sus costumbres y en su gobierno, se suscitaban embarazos la una á la otra en el designio que tenian cada una de ellas de someter á su poder toda la Grecia, de manera que ellas eran siempre enemigas mas bien por la contradiccion de sus intereses, que por la incompatibilidad de su carácter.

Las ciudades griegas no querian la dominacion de ninguna de las dos, porque, ademas de

que cada una deseaba poder conservar su libertad, miraban el imperio de las dos repúblicas como demasiado pesado. El de Lacedemonia era duro: observábase en su pueblo un no se qué de feroz. Un gobierno demasiado rígido, y una vida demasiado laboriosa, haciales demasiado activos, austéros é imperiosos: y á esto se unia que era menester resolverse á no estar jamas en paz bajo la dominacion de una ciudad que, educada para hacer la guerra, no podia conservarse sin hacerla continuamente. Así era que los lacedemonios querian mandar, pero todo el mundo temia que llegasen á conseguirlo. Los atenienses eran naturalmente de una condicion mas suave y mas agradable. Nada habia mas delicioso que ver su ciudad, en donde las fiestas y los juegos eran perpetuos: y en la que el talento, la libertad y las pasiones proporcionaban todos los dias nuevos espectáculos. Pero su voluble conducta desagradaba á sus aliados, y era todavia mas insoportable en sus súbditos. Era necesario experimentar las estravagancias y caprichos de un pueblo adulado, es decir, segun Platon, algo mas peligroso que las estravagancias y caprichos de un príncipe corrompido por la adulacion.

Estas dos ciudades no dejaban á la Grecia entregarse al reposo. Ya habeis visto la guerra del Peloponeso y todas las demas, causadas siempre, ó sostenidas por las rivalidades de La-



cedemonia, y de Atenas. Pero afortunadamente las mismas rivalidades que perturbaban el sosiego de la Grecia, sosteníanla en algún modo, é impedíanla caer bajo la dependencia de una de las dos repúblicas.

Los persas descubrieron bien pronto el estado en que la Grecia se encontraba; y así fue que todo el secreto de su política consistió en mantener vivas las rivalidades, y fomentar la division que reinaba en ella. Lacedemonia, que era la mas ambiciosa, fue la primera que les hizo tomar parte en las contiendas de los griegos. La tomaron con el designio de hacerse dueños de toda la nacion; y perseverantes en debilitar á los griegos, suscitándoles enemistades unos contra otros, aguardaban el momento oportuno de echarse sobre todos. Ya las ciudades de Grecia no miraban en sus guerras mas que al rey de Persia, á quien ellas llamaban el gran rey ó el rey por excelencia, como si se contasen ya por súbditas suyas: pero no era posible que no saliese de su letargo el antiguo espíritu de la Grecia en visperas de caer en la servidumbre y entre las manos de los bárbaros. Los reyezuelos griegos emprendieron oponerse al gran rey de Persia y arruinar su imperio. Con un pequeño ejército, pero disciplinado en la escuela que ya hemos visto, Agesilao, rey de Lacedemonia, hizo temblar á los persas en el Asia menor, é hízoles ver que podia humillar su poder.

Las divisiones de la Grecia pudieron solo detenerle en la carrera de sus conquistas; pero acabó en aquel tiempo que el jóven Ciro, hermano de Artajerjes, se rebeló contra él. Entre las tropas que mandaba tenia una division de diez mil griegos, cuya línea no pudo romperse en la derrota universal de su ejército. Fue muerto en la batalla, y aun se dice que por mano del mismo Artajerjes. Los griegos encontráronse sin protector entre los persas y en las cercanías de Babilonia. Sin embargo, Artajerjes victorioso ni pudo persuadirles á que entregaran voluntariamente las armas, ni forzarles á que las rindieran. Concibieron el atrevido proyecto de atravesar en masa todo su imperio para volverse á su pais, y lo consiguieron en efecto. Este es el bello trozo de historia tan bien descrito por Jenofonte en su libro de *La retirada de los diez mil*, ó *De la expedicion del jóven Ciro*. Toda la Grecia vió entonces mas que nunca que poseia una milicia invencible, á la cual ni se podia resistir, ni era posible que dejase de someter á su imperio el pais que intentara conquistar; y que solo sus discordias podian hacerla sucumbir al poder de un enemigo demasiado débil para resistirla estando unida. Filipo, rey de Macedonia, tan hábil como valiente, supo sacar provecho de las ventajas que le daba, contra tantas ciudades y repúblicas divididas, un reino pequeño á la verdad, pero unido, y en



el que el poder real era absoluto, y que al fin, parte por sagacidad y parte por la fuerza, llegó á hacerse el mas poderoso de la Grecia, obligando á todos los griegos á alistarse en sus banderas contra el enemigo comun. Fue asesinado ocupándose en estos preparativos; pero Alejandro, hijo suyo, sucedióle en el trono y tambien en sus designios.

Encontró á los macedonios no solo aguerridos, sino entusiasmados con sus triunfos, y tan superiores, por tantas victorias como habian conseguido, á los demas griegos en valor y en disciplina, como éstos lo eran á los persas.

Dario, que reinaba en Persia en tiempo de Alejandro, era justo, valiente, generoso, amado de sus pueblos, y no le faltaba ni talento ni vigor para ejecutar sus designios. Pero comparándole con Alejandro, el talento de aquél con el genio perspicaz y sublime de éste, su valor con la entereza y firmeza de ánimo de este varon invencible, á quien los obstáculos le hacian mas grande todavía, con este ardor inmenso por engrandecer todos los dias su nombre, y que preferia arrostrar todos los peligros, trabajos y hasta mil muertes por alcanzar el menor grado de gloria; en fin, con esta confianza que le hacia presentir que todo debía ceder sin resistencia á un hombre á quien su destino hacia superior á los demas; confianza que no solo inspiraba á sus gefes sino hasta al último de sus

soldados, á quienes hacia superiores por este medio á todos los obstáculos y dificultades, y hasta á sí mismos, podreis juzgar con facilidad á quién de los dos coronaria la victoria. Y uniendo á estas cosas las ventajas que tenian los griegos y los macedonios sobre sus enemigos, vendreis á confesar que la Persia atacada por un héroe como aquel y por unos ejércitos tales como los que él mandaba, era imposible que evitase cambiar de soberano. De esta manera se revela al mismo tiempo lo que causó la ruina del imperio de los persas y lo que elevó el de Alejandro.

Para facilitarle la victoria fue necesario que la Persia perdiese el único general que podia oponer á los griegos, cual era Memnon el rómano. Mientras que Alejandro tuvo por enemigo un tan famoso capitán, pudo gloriarse de haber vencido á un enemigo digno de él. En vez de aventurar contra los griegos una batalla general, Memnon les disputaba todos los desfiladeros, les cortaba los víveres, hacia incursiones en su pais, obligándoles por un ataque vigoroso á marchar en su defensa. Alejandro, previendo todo esto, se habia prevenido, y las tropas que dejó á Antipatro bastaban para guardar la Grecia. Pero su buena suerte libróle de repente de este cuidado. Al principio de una diversion que ya ponía en inquietud toda la Grecia, Memnon murió, y Alejandro entonces sometió todo á sus pies.



Este príncipe hizo su entrada en Babilonia con tal esplendor que escedia á todo lo que el universo habia visto hasta entonces; y despues de haber vengado á la Grecia, de haber sojuzgado con una celeridad increíble todas las tierras sujetas á la dominacion de los persas, para afirmar por todas partes su nuevo imperio, ó mas bien para satisfacer su ambicion, y para hacer su nombre mas famoso que el de Baco, entró en las Indias, á donde llevó mas lejos sus conquistas que aquel célebre vencedor. Pero aquel á quien los desiertos, los rios y las montañas no fueron capaces de detener, vióse obligado á ceder á sus sôldados cansados que le pedian reposo. Reducido á contentarse con los soberbios monumentos que dejó erigidos en las orillas del Araspe, condujo á su ejército por otro diferente camino, y sujetó á su poder todos los paises que encontró en su tránsito.

Regresó á Babilonia temido y respetado, no como quiera como un conquistador, sino como un Dios. Pero el imperio formidable que conquistó no tuvo mas larga duracion que su vida, que fue bien corta. A la edad de 33 años, ocupado en los mas vastos designios que hombre alguno llegara jamas á concebir, y con las mas fundadas esperanzas de un feliz suceso, murió sin haber tenido tiempo de dejar sólidamente establecidos sus negocios, dejando un hermano imbecil é hijos de tierna edad, incapaces de sos-

tener un imperio de tan gran peso. Pero lo que habia de mas funesto para su casa y para su imperio era que dejaba capitanes á quienes él mismo habia enseñado á no respirar mas que ambicion y guerra. Previó los escesos á que se entregarían luego que dejase de existir: para contenerlos, y por temor de quedar desairado, no se atrevió á nombrar ni su sucesor ni el tutor de sus hijos. Predijo solamente que sus amigos celebrarían sus funerales con batallas sangrientas; y espiró en la flor de su edad, rodeado de las tristes imágenes de la confusion que debia seguirse á su muerte.

En efecto, ya habeis visto la division de su imperio, y la horrible y lamentable ruina de su casa. La Macedonia, su antiguo reino, poseida por sus predecesores por tantos siglos, fue invadida por todos lados como una sucesion vacante; y despues de haber sido por largo tiempo la presa del mas fuerte, pasó al fin al dominio de otra familia. Así, aquel gran conquistador, el mas famoso é ilustre que existió jamas, fue el último rey de su dinastía. Si hubiese permanecido en paz en la Macedonia, la grandeza de su imperio no hubiera tentado la codicia de sus capitanes, y hubiera podido dejar á sus hijos la herencia de sus padres. Pero su excesivo poder causó la perdicion de todos los suyos: y hé aquí el fruto glorioso de tantas conquistas.



Su muerte fue la sola causa de esta gran revolucion. Porque, es menester decirlo en gloria suya, que si hubo jamas un hombre capaz de sostener un tan vasto imperio, aunque nuevamente conquistado, fue sin duda Alejandro, porque tenia tanto talento como valor. No hay que imputar á sus faltas, no obstante que las cometió grandes, la caída de su familia, sino solo á su muerte; á menos que no quiera decirse que un hombre de su carácter y á quien su ambicion empeñaba continuamente en nuevas empresas, no tuvo nunca tiempo para establecer las cosas.

De cualquier manera que sea, vemos en su ejemplo que ademas de las faltas de que los hombres podrian corregirse, es decir, ademas de las que proceden de impetuosidad ó de ignorancia, hay siempre un flaco irremediable inherente á los designios humanos: tal es la mortalidad. Todo puede caer en un momento por este flaco: lo que nos obliga á confesar que el vicio mas inherente, si es lícito espresarse asi, y el mas inseparable de las cosas humanas, es su propia caducidad; el que sabe conservar y afirmar un estado ha llegado á un mas alto punto de sabiduría que el que sabe conquistar y ganar batallas.

No es necesario que me detenga en referir circunstanciadamente lo que hizo perecer los reinos formados con los restos del imperio de

Alejandro, es decir, el de Siria, el de Macedonia y el de Egipto. La causa comun de su ruina fue la de verse obligados á someterse á un poder mayor, cual fue el poder romano. Si á pesar de todo quisiéramos considerar el último estado de estas monarquías, encontraríamos fácilmente las causas inmediatas de su ruina; y veríamos, entre otras cosas, que la mas poderosa de todas, es decir, la de Siria, despues de haber sido minada por la molicie y el lujo de la nacion, recibió en fin el golpe mortal por la division de sus príncipes.